
San José, la ciudad de siempre

Johnny Vargas Durán*

Lo más hermoso de viajar es regresar, porque como bien decía Séneca -ese ciudadano del mundo romano- nadie ama su patria porque sea grande sino porque es suya. En ese sentido, uno ama su ciudad -que es como una patria chica- porque en ella encuentra asiento su ser, eso tan indefinible que llevamos dentro y que haya expresión en las cosas que nos rodean.

Después de tres meses de vivir en Italia, al regresar uno entiende el amor que trasuntan por su pueblo esas viejas y nostálgicas canciones napolitanas, en las cuales se añora la vuelta al hogar, el retorno a las callejuelas, a la plaza, al mundo tan íntimo que nos acogió en nuestra niñez y del cual nunca nos desprendemos realmente.

Volver a nuestra ciudad es como regresar al regazo materno, volver a meterse al seno de la madre y encontrar cobijo, protección y alimento para nuestras inseguridades.

Soy, si cabe la palabra, un urbanícola. Nací, crecí, me desarrollé y probablemente moriré en San José. Aunque tengo un terreno en Heredia, en una zona rural, concibo la vida del campo como los viejos romanos, un lugar de distracción temporal sin el encanto mundano de la vida citadina.

Las ciudades siempre me han apasionado, y uno de mis libros preferidos en la juventud fue el de Fustel de Coulanges, que trataba sobre la historia de las ciudades antiguas.

Mis primeros años de vida los pasé en un suburbio capitalino de ese entonces, el Barrio Santa Lucía, que actualmente es solo un cuadrante más del casco urbano, pero que en ese tiempo estaba en la periferia, puesto que hace unas cuatro décadas San José era poco menos que una aldea. Tal como dijo don Jacinto Benavente al referirse a nuestra capital como un Teatro rodeado por un cafetal.

Desde el aire Costa Rica sigue despertando la misma imaginación que maravilló al Almirante Cristóbal Colón, quien al contemplar la exuberancia de la costa atlántica habló en sus crónicas de una costa rica, algunos han querido hallar en esos textos la primera referencia escrita sobre el origen del nombre de nuestro país.

Conforme el avión planea y desciende sobre mi ciudad, la miro como si la nave fuera un enorme papalote y mi anhelo de tocar tierra fuese el hilo, el cordón umbilical, que me ata todavía al terruño. Uno nunca termina de irse del lugar donde atesora sus recuerdos.

Apenas se vislumbran los cuadrantes, San José nos parece una ciudad geométrica, al mejor estilo español y fiel a las enseñanzas urbanísticas de los conquistadores. Lo único que rompe la armonía de esas líneas que se entrecruzan son los accidentes naturales: ríos, montes, valles, depresiones, cultivos y también el crecimiento desordenado de los habitáculos humanos.

El extraño que arriba por primera vez a este pueblo que los ticos llamamos país, le sorprende el color verde, en todas sus tonalidades. Está el verde de las hojas de plátano, el de los cafetales antes de que florezcan en mayo, el de las veraneras, el de los árboles frutales, el del zacate, en fin, que Federico García Lorca pudo haber hecho realidad su Romancero Gitano al exclamar: verde que te quiero verde, verde cielo, verde mar.

Como comunicador estoy atento a todos los mensajes que recibo del entorno, poseo una cualidad natural desarrollada artificialmente para intuir que detrás de las apariencias siempre hay un mensaje oculto, que termina por ser el verdadero.

El Premio Nobel de Literatura, José Saramago, dice que "no le gusta hablar de felicidad, sino de armonía con nuestra propia conciencia, con el entorno, con las personas queridas". La armonía es compatible con la indignación y la lucha; la felicidad

* Lic. en Ciencias de la Comunicación Colectiva. Estudios de Posgrado en Medios de Comunicación y Máster en Administración de Empresas. Licentia Docendi 1-0416.

no, la felicidad es egoísta. Uno está feliz y no quiere que nadie le quite ni una parcela mínima de esa felicidad.

Podemos extender ese concepto de armonía a toda la sociedad. Tal armonía debe fundamentarse en el respeto a nuestros semejantes, hacia los demás seres vivos y el medio ambiente; sostenerse gracias a un delicado balance entre el mundo natural y el artificial, el interés colectivo y el individual, el trabajo y las necesidades satisfechas.

Lo que distingue a la soberanía es el consumo de las riquezas, en exposición al trabajo, al trabajo como generador de riquezas. En el ámbito laboral hace referencia al trabajador manual sin excedentes. En el ámbito regional esos valores condicionarían las relaciones ciudad-campo, y las relaciones metrópoli-periferia. No hay soberanía, ni armonía cuando la ciudad explota los recursos rurales a costa de los ecosistemas naturales, mantos acuíferos y condiciones orográficas de las regiones periféricas.

Precisamente San José es un ejemplo vivo de esa explotación de valores del centro hacia la periferia. La ciudad fue fundada a mediados del siglo XVI, tuvo en sus inicios una vida modesta, muy característica del resto del país, colonizado por inmigrantes españoles que no poseían recursos para vivir en las ciudades más ricas del imperio, ni tal vez interés en complicarse la vida con grupos aborígenes belicosos y renuentes a ceder su territorio a los invasores.

Los aldeanos apenas si se conocían y eran tan montaraces que las autoridades debían perseguirlos para cobrarles los impuestos, y el cura igual para obligarlos a escuchar misa los domingos. Esa característica marcaría la idiosincrasia del tico y la del josefino en particular, puesto que hasta el día de hoy seguimos viviendo aislados en nuestras casas, nos mantenemos alejados de las obligaciones tributarias propias de una vida en sociedad, y para nada nos gusta discutir sobre cuestiones religiosas, pues sabemos que "Cada uno en su casa y Dios en la de todos".

En la pequeña aldea la vida era lenta, parsimoniosa, dedicada a la agricultura, la crianza de animales domésticos y, poco a poco, el comercio.

Para los días de la independencia San José era un hervidero de intereses económicos y políticos, avizorando las condiciones que la constituirían en 1823 en capital de la República, despojando de tan importante título a la rancia Cartago, una ciudad vecina que aún sigue viviendo de las glorias pasadas.

Lo cierto del caso es que, basada en una economía agrícola, gracias al cultivo del café, San José terminó siendo el centro del país en el más pleno sentido de la palabra, pues, hasta el día de hoy, toda la vida nacional gira en torno a la capital, centralizando en ella los principales puntos de poder político, económico, social, deportivo y cultural.

Me atrevo a decir que una cosa es San José y otra el resto de las ciudades del país; no es lo mismo ser josefino que de otros lugares. Recuerdo la máxima de Julio César cuando regresó a Roma tras ser secuestrado por una gavilla de piratas: prefiero ser el último en Roma y no el primero en cualquier otro lado.

Por eso, al regresar a mi ciudad, me siento como un Julio César que vuelve a una cita con su destino, y al único lugar donde realmente se siente a gusto.

Desde que el avión toca tierra, aún aletargado por el largo viaje de casi once horas, comienzo a percibir los mensajes que me envía San José. Apenas está amaneciendo y huele a tierra húmeda, el mismo olor del patio de mi casa, después de las primeras lluvias de mayo; es un poco dulce, y aunque sube lentamente por mis sentidos, los recuerdos comienzan a desatarse velozmente.

De niño San José apenas si tenía calles, casi todas las vías eran simples callejuelas con la tierra apisonada por el paso de los pocos vehículos automotores, unos cuantos peatones y a veces una que otra carreta de bueyes o un carretón.

Viajar al centro de San José no dejaba de ser una pequeña odisea; caminábamos por lo que hoy es el Paseo Colón y directo desembocábamos hasta la Catedral Metropolitana, acostumbrado punto de referencia para no extraviarse. Eran días de mucho trabajo, aun para un niño.

Las líneas de buses recién aparecían, ya no existía el tranvía que nos comunicaba desde la boca de la Sabana hasta las cercanías de San Pedro de Montes de Oca; el tranvía se lo llevó el progreso,

porque alguien pensó que era un signo de atraso movilizarse en esa clase de transporte. Hoy, cuando todo lo viejo vuelve, se estudia la posibilidad de volver a construir un tranvía o una red ferroviaria interurbana, aprovechando la riqueza hidroeléctrica del país y aliviando el paso a los cientos de miles de ciudadanos que a diario entran y salen del casco urbano.

Solo los que teníamos la suerte de tener un padre zapatero podíamos andar con los pies calzados, pues todavía en los años 50 era común que gran parte de la población anduviera descalza.

San José era proverbialmente pobre, el Patronato Escolar seleccionaba entre los pobres a los más necesitados y les regalaba un uniforme escolar, unos cuantos útiles y así debíamos enfrentar la educación primaria, un lujo persa para un hogar tan necesitado como lo eran la mayoría de los costarricenses.

Las clases sociales apenas se advertían y lo mismo tenía compañeros de padres ricos, que otros tan pobres como una rata. Los niños bien no iban a escuelas o colegios privados, que me imagino los había, pero eran tan pocos que nadie los conocía; más bien, el país se preciaba de tener una enseñanza básica obligatoria y una secundaria opcional, caracterizada por su excelencia y la rigidez de sus normas.

La escuela, por ese tiempo, era la única salida a la miseria y quien la aprovechaba podía aspirar a vivir mejor, tal vez en una casa con piso de madera y no de tierra; o bien tener luz eléctrica, en lugar de alumbrarse con una vela; comer las tres veces diarias, y no solo una; o más aún, pagar de contado en la pulpería y no a fin de mes o cuando la señora de la esquina pagara el par de zapatos que había encargado a mi padre.

La ciudad se despertaba temprano, y los pocos transeúntes habituales la comenzábamos a recorrer a pie, porque San José era una ciudad para caminar, aunque carecía de aceras y de calles. En invierno había que eludir los salpicones de barro de los pocos vehículos, y en verano taparse para evitar el polvazal que levantaban los ventoleros que anunciaban la llegada de diciembre.

Un ciudadano como yo pronto aprendió los códigos para sobrevivir en ella; así como un bosquimano se conoce los recovecos del Amazonas. La ciudad tenía sus zonas de luz, de oscuridad y de grises; en todos los aspectos.

Los más ricos vivían en el Barrio Amón, ahí estaban las casas de las familias políticas y económicas emergentes y cuyos hijos, si bien compartían pupitre con los pobres, tenían como destino un alto cargo público, una carrera profesional o bien el negocio de la familia. Igual ocurría con los que venían de González Lahman o Francisco Peralta. Los demás, que eran muchos, vivían en Barrio Cuba, Carit, Mata Redonda, Barrio Luján, Barrio México, o en el peor de los casos, en Calle Blancos. Vivir en ese lugar era ya el colmo de la necesidad y estos niños no eran bien vistos, aun por nosotros.

Con los años surgieron nuevas construcciones, San José centro comenzó a crecer de adentro hacia afuera; los viejos negocios dieron paso a edificios de varios pisos, las calles fueron invadidas por vehículos que quitaron del camino a los peatones y las viejas casonas se transformaron en plazas cubiertas de cemento, como falsas imitaciones de los parques de París.

En realidad, la ciudad que conocí de niño cambió en su forma, pero siguió manteniendo sus costumbres, como una persona que de pronto gana la lotería, pero sigue conservando sus hábitos de cuando carecía de dinero.

Cada fin de año, por ejemplo, se organizan en Zapote los festejos cívicos, que son una expresión en grande de los turnos que normalmente se realizan en los pueblos, con el objeto de recaudar fondos para alguna causa benéfica.

Además, conforme el mes de diciembre avanza en sus días, la ciudad va entrando en una agitación anormal, que culmina el día de Navidad, y luego entra en una especie de sopor, de la cual solo es despertada con dos actividades muy características: el tope y el carnaval.

En esas dos actividades San José expresa todo su colorido y el ciudadano aprovecha para liberarse, como si fuera un esclavo que durante un año estuvo prisionero. Si bien, queda patente otra característica

del josefino y su ciudad: ser un espectador y esperar que otros hagan el espectáculo por uno.

La ciudad ha crecido mucho, sus problemas son grandes, pero no insolubles, sin embargo, son pocos los que toman las decisiones para salir de ellos; el ciudadano promedio se conforma con vivir en San José, pero poco le importa el estado en que se encuentra, se conforma con hablar.

Al contrario de otros ciudadanos, el josefino no ama su ciudad. Los florentinos aman Florencia, igual ocurre con los venecianos o los napolitanos; pero a los josefinos apenas sí les importa.

Esta displicencia ha contribuido al afeamiento de San José, que en otros tiempos fue considerada como una tacita de plata, por lo armonioso de sus construcciones y lo recatado de sus costumbres.

En el siglo pasado, con el auge de las exportaciones cafetaleras, las clases pudientes enviaron a sus hijos a estudiar a Londres y, al regresar a fines del siglo XIX, impusieron la moral victoriana, más preocupada por las formas y guardando siempre las apariencias, un detalle que aún los ticos conservan en su modo de ser.

Más tarde, en la década de los veinte, los adinerados iban a estudiar a París y de ahí trajeron los estilos arquitectónicos clásicos, neoclásicos y sobre todas las tendencias eclécticas. Los afrancesados mandaron construir edificios como el Colegio Superior de Señoritas, el Edificio de Correos y casi todas las casas del viejo barrio Amón.

Si yo fuera un guía turístico y me encargaran hacer un recorrido de la ciudad, comenzaría por el Teatro Nacional, construido a fines del siglo pasado con los aportes de todos los ciudadanos, al contrario de lo que dicen algunos no fue pagado con un impuesto a los cafetaleros. Al principio se puso una tasa sobre la exportación de cada saco de ese grano, pero más tarde lo cambiaron y fue gravado todo producto de exportación, de manera que todos los ticos terminaron pagando un Teatro que disfrutaron solo los adinerados.

El Teatro Nacional es una imitación en pequeña escala del Teatro de la Ópera de París, que cuando tuve la oportunidad de conocerlo comprendí la falta de proporciones que caracteriza al costarricense.

Esta obra es sin duda de una gran belleza arquitectónica, estética y hasta humana, que puso en evidencia la capacidad del costarricense de unir sus intereses y diferencias para construir una obra bella como legado a sus generaciones futuras.

Precisamente, San José se caracteriza por carecer de obras bellas que mostrar al visitante. Es más bien una ciudad gris, apagada, plana, sin extremos y desordenada, que ha crecido sin ton ni son, afeada aún más por un comercio que no respeta ningún principio estético.

Frente al Teatro Nacional está la Plaza de la Cultura, que expresa muy bien lo que el tico entiende por cultura, es decir, una mezcla de tilicheros que extienden sus mesas sobre los adoquines y venden baratijas a los transeúntes. La Plaza de la Cultura es gemela de otra que se encuentra varias cuadras al este y es la Plaza de la Democracia, que expresa muy bien el ideal democrático del tico, pues nadie va ahí, solamente parejas de enamorados aprovechando las sombras y al amparo de los extraños desniveles que le dio su diseñador.

Bajo la Plaza de la Cultura se encuentran los Museos del Banco Central, donde se encierran las más bellas joyas de la orfebrería indígena, además de una impresionante colección de numismática. Salvo eso, lo demás es prescindible.

El diseñador de la Plaza no respetó la riqueza natural del país y, como estaba identificado con los parques de París, decidió imitar en pequeño el Centro de Convenciones Georges Pompidou y colocó unos tubos de colores que sobresalen del interior de la tierra. Como todo en Costa Rica, sobre la Plaza hay una fuente que casi nunca sirve.

Frente al Teatro Nacional está la estatua de uno de los patricios más ilustres del país, don Juan Mora Fernández, Primer Jefe de Estado y firmante del Acta de Independencia, protector de las artes y la libertad de expresión, quien sentó las bases de nuestra democracia. Hoy en día, para darle espacio a la famosa Plaza, se decidió arrinconar su estatua y marginarla en una esquina donde nadie le da el respeto que se merece. Eso refleja el presentismo del tico, alejado de cualquier respeto a la memoria histórica nacional, y su falta de agradecimiento a quienes sentaron las bases de su nacionalidad.

En mi viaje turístico saldría a pie por la avenida central, para mostrar al visitante el sentido casi compulsivo del tico por comprar, por el consumismo. Las tiendas, si bien no tan surtidas ni tan lujosas como las de otras ciudades americanas o europeas que conozco, ofrecen toda suerte de objetos y servicios al cliente.

Me llama la atención la cantidad de zapaterías y la ausencia de cafés. En Viena, uno puede conseguir hasta 18 variedades diferentes de esta bebida, y en San José es casi imposible encontrar un sitio donde tomarse un café con tranquilidad y aprovechar la ocasión para conversar o simplemente malgastar el tiempo libre.

Las tiendas son todas iguales, los precios semejantes, los dependientes duran años en sus puestos y el cliente, salvo en los negocios de los judíos, es tratado como un estorbo, como alguien que viene a distraer al empleado de su modorra habitual y del cotilleo con sus compañeros.

Por principio, todo el que entra a una tienda es considerado culpable hasta que se demuestre lo contrario; de ahí la extraña costumbre de guardar los paquetes sospechosos a la entrada del negocio, práctica que en otros países se desconoce; si bien existen los ladrones en todo el mundo, estos son controlados sin tener que molestar a los inocentes.

Tal como decía Ortega y Gasset, las masas han invadido todo; se las encuentra por montones en los buses, en los cines, en los supermercados, en las tiendas, en las calles, en fin, San José es ya una ciudad camino de ser urbe y el síntoma más notorio es la cantidad de gentes que hay a toda hora del día por la Avenida Central.

Cuando era adolescente se podía caminar tranquilamente por esa vía, por la cual transitaban autos y solo en Navidad se acostumbraba a cerrarla, lo cual era todo un acontecimiento. De esa costumbre derivó el dicho de «darse un avenidazo»; al término de la Jornada laboral diaria, el josefino tomaba esa vía desde casi el Hospital San Juan de Dios hasta más allá del actual edificio de La Llacuna, recuperando para su solaz la calle. La ocasión era aprovechada para facilitar a los compradores y vendedores su trabajo navideño; en las noches, las aceras y calles eran tomadas por pandillas de niños y jóvenes que se entretenían en lanzar confeti y

molestar a los paseantes. El tico, como es su costumbre, abusó de tal libertad y la situación degeneró en una serie de majaderías que llevaron a las autoridades a impedir una celebración, que era de las pocas tradiciones navideñas costarricenses.

En fin, probablemente la Avenida Central dejó de ser la arteria principal del torrente consumidor a raíz de la construcción, en la periferia capitalina, de los centros comerciales y sus herederos inmediatos: los "moles". Aunque, me parece, ese sector capitalino se ha recuperado y realmente no se ha visto muy afectado por semejantes centros de consumo, pues a lo largo de la Avenida Central, en el Mercado Central y en sus calles laterales se consigue lo mismo que en los moles; además, como es mi caso, me es más grato caminar por mi ciudad que por esa imitación agringada.

Una vez que dejamos la avenida central, podría intentarse un recorrido por algunos parques aledaños. Por ejemplo, visitar el Parque Morazán donde antaño se realizaban sesiones musicales en el Templo de la Música, una construcción neoclásica que hoy solo sirve para que las personas se cubran de la lluvia, pero que antes era el sitio donde la Banda Municipal de San José, u otros invitados, deleitaba a la audiencia con piezas nacionales o bien conocidas interpretaciones foráneas.

Al ver el Templo de la Música uno está tentado a pensar que los josefinos de entonces eran más cultos, con un mayor gusto por las pequeñas felicidades de la vida; y que ahora se han vuelto más chabacanos, dispuestos solo a distraerse alrededor de una mesa de tragos, mientras matan el rato en una cháchara sin sentido, casi siempre en torno al partido de fútbol o al análisis de la vida nacional.

Conectada con el Parque Morazán está una avenida célebre en los años 30 y 40, me refiero a la Avenida de las Damas; así se llamaba porque las señoritas respetables y los caballeros de igual nivel, solían caminar por ella. Las mujeres de un lado y los hombres de otro. La calle tiene un puente, muy al estilo de los que conectan la ciudad de París con el otro lado del Río Sena; ese puente es una joya arquitectónica venida a menos.

Desde el Paseo de las Damas se puede contemplar una joya arquitectónica invaluable y centenaria: el Edificio Metálico, que albergó la primera escuela graduada del país y fue por años el emblema del deseo nacional por la educación.

Si agudizamos un poco la imaginación, al frente del Edificio Metálico hay una plaza y con solo cerrar los ojos uno podría suponer que está en Bélgica, porque el conjunto plaza y edificio es como un recorte de ese bello país europeo.

A un lado del Edificio Metálico nos encontramos con el Parque España, donde hace unos años se realizaban exposiciones de pintura los domingos, y ahora ha sido restaurado por el Instituto Nacional de Seguros, pero no se hace ninguna actividad cultural. Frente al Parque España se halla el conjunto de la antigua Fábrica Nacional de Licores, una de las fuentes de ingresos más importantes del estado.

La Fábrica de Licores es hoy asiento del Ministerio de Cultura y dentro de él se hallan varias galerías, un teatro y sitios para exposiciones. Sin embargo, es poco lo que hace ahí dentro, porque la cultura del tico no está en los salones sino en las cantinas y en los estadios de fútbol.

Si tomamos de nuevo el Paseo de las Damas y subimos hacia el este, toparemos con la Biblioteca Nacional, cuyo bello edificio fue demolido en el centro de San José para construir un parqueo. Aún hoy se ignora qué fue de una bella escalinata de madera, tallada en maderas finas y con un extraordinario acabado.

Frente a la Biblioteca Nacional se encuentra el más bello parque del país: el Parque Nacional, cuyo centro está dominado majestuosamente por el Monumento Nacional, una obra que surgió del taller del escultor francés Rodin y que simboliza la gloria de quienes lucharon contra la invasión de los filibusteros norteamericanos en 1856.

Si seguimos el recorrido llegamos a otra obra arquitectónica afrancesada, la Estación del Ferrocarril al Atlántico, convertida en museo, pero que nunca está abierto. Al final de esta avenida está la Aduana Principal, otro bello edificio traído de Bélgica.

Como vemos, ese sector noreste de San José es quizás el más bello y el que mantiene aún un corte conservador, pues el sector opuesto está a

merced del crecimiento urbano más desordenado de que se tenga noticia.

Tal vez por ello, y por la cuota electoral que significa, los diferentes gobiernos se han dado a la tarea de construir los llamados Parques y, en este caso, el más grande es el Parque la Paz, para la gloria del Premio Nobel de la Paz, el presidente Oscar Arias Sánchez.

Este es un parque enorme, en el que se combinan áreas verdes, lagos, paseos para andar a caballo, juegos para niños y el espacio que el ciudadano de la urbe añora para desplegar su imaginación y para que al menos los fines de semana pueda sentirse libre y a sus anchas tras dejar las cuatro paredes de su casa, fábrica u oficina.

En estos parques, como el de La Sabana, y el que está próximo a construirse al sur de la ciudad, lo que se pretende es permitir a una enorme cantidad de ciudadanos, quienes viven hacinados, poder desaforarse al menos por unos instantes.

Los parques se ha vuelto sitio de reunión familiar, de punto de encuentro para que las personas hagan lo que se les viene en gana; son lugares donde las reglas se relajan un poco y se permiten ciertos excesos en favor de la libertad que el tico siente que pierde cada día más.

Un hecho interesante de los parques, y en este caso el de La Merced, es que ha sido tornado por los inmigrantes nicaragüenses, convirtiéndose los fines de semana en un pequeño enclave de ese vecino país, tal como ocurre en las grandes urbes del mundo.

El parque de La Merced es un barullo de paisas, como se les llama a estos emigrados, donde ellos reviven la tierra que dejaron atrás y exponen a los ticos que los miran de soslayo, el amor a su país y a las tradiciones que los animan para seguir hacia adelante.

Una situación similar ocurre con el Parque ubicado al frente de la Estación del Ferrocarril al Pacífico, que todos los domingos se convierte en una especie de feria de las pulgas, sitio ideal para comprar objetos a precios realmente ridículos y que es una batahola de compradores y vendedores a la caza de gangas y de cachivaches.

La Gran Área Metropolitana, como ocurre con el resto de las cabeceras de provincia, se ha despoblado y ha perdido el aire de las ciudades para caminar; entran y salen miles de personas a trabajar y salen diariamente hacia sus casas solo para dormir.

Se estima que al menos un millón de personas entran en y salen de la Gran Área Metropolitana, y viven a sus alrededores en centros habitacionales conocidos como urbanizaciones.

Este fenómeno de las urbanizaciones comenzó a mediados de siglo y el primero en hacerlas fue el Dr. Calderón Muñoz, construyendo bajo el modelo mexicano un complejo de multifamiliares que son los únicos que han tenido éxito en el país.

Años más tarde se continuaría su obra mediante la construcción de casas en ese mismo sector de la capital, el lado sur, creando la primera gran urbanización de la capital: la ciudadela Calderón Muñoz. Estas casas fueron edificadas para paliar un poco la crisis presentada por las emigraciones rurales de mediados de siglo y que ya presionaban a las autoridades por la falta de vivienda.

Con la creación del Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo, como fruto de la Fundación de la Segunda República, comenzó un proceso en serio hacia la concesión de préstamos para adquirir lotes y construir casas. Es así como aparecen en el exterior del casco urbano las primeras zonas destinadas únicamente a la habitación, tal fue el caso de Hatillo, conocido por ese nombre desde mediados del siglo pasado porque el lugar era propicio para cuidar pequeños hatos de ganado, es decir, hatillos.

El conglomerado urbanístico de Hatillo, que ya abarca desde el 1 hasta el 12, es tal vez el más grande de la ciudad capital y algunos hablan de que pronto se podrá convertir en un cantón y asumir sus responsabilidades bajo la dirección de un gobierno local, sin depender de la municipalidad del cantón central.

Precisamente para evitar esos afanes de escisión, las principales actividades públicas navideñas, como el carnaval, el tope y el desfile de las luces, fueron organizados y ocuparían en su paso la avenida principal que comunica a todas estas urbanizaciones. Sin duda una estrategia

política del actual alcalde municipal de San José para complacer a sus futuros electores.

La ciudad de San José es un gran centro de trabajo y diversión nocturna. Por eso la capital afronta un grave problema de movilización de personas por medios adecuados de transporte. El primer auto que circuló por las calles josefinas lo hizo allá por los años veinte y era el único, tuvieron que pasar muchos años para que las calles capitalinas se inundaran de vehículos.

El tránsito vehicular está a punto de colapsar y ya se han tomado las medidas preventivas del caso que regirán a partir de los primeros meses del año 2000; estas disposiciones incluyen sacar del casco metropolitano a la mayoría de los autobuses y permitir solo el transporte en automóvil y restringido a ciertas calles y avenidas.

Pero eso es solo un proyecto y se requiere de la colaboración de todos los ciudadanos, acostumbrados a llegar en auto o en bus casi hasta la oficina donde trabajan.

Es tal el problema vehicular que al año ocurren al menos 40 mil accidentes de tránsito, unos 200 muertos en las vías y el pago de varios cientos de millones de colones en indemnizaciones. Se considera que Costa Rica es el segundo país del mundo en accidentes de tránsito, solo superado por Francia.

Sin tren ni tranvía, los autos han convertido la ciudad en una calamidad ambiental por su excesivo número y porque no cumplen ni las exigencias básicas de protección contra la emisión de gases perniciosos.

A cualquier hora San José es un escándalo de máquinas, muflas, pitos y gases que convierten la vida en una auténtica batalla y van minando la salud de quienes habitan este lugar, impidiéndoles disfrutar de las ventajas de una vida moderna en un lugar civilizado.

El transporte interno en la ciudad es un nudo gordiano que nadie se atreve a cortar como debe ser, más bien se complica cada día. Los empresarios de buses se niegan a mejorar la flotilla, los taxistas se apropian de las calles y no respetan señal alguna de tránsito, las aceras -a falta de parqueos- están en poder de los cuidacarros, una mezcla de sinvergüenzas y desempleados.

Los josefinos tienen un problema de mentalidad. Nuestra incipiente cultura urbana tiene costumbres rurales; es como el emigrado rural que sigue manteniendo sus hábitos de campesino. La mayoría de la gente madruga y se acuesta temprano, trabajando de sol a sol, lo cual se ajusta más al horario del campo que al de la ciudad; lo cual implica que todo mundo entra y sale a las mismas horas; además, tenemos el problema de los campesinos, acostumbrados a realizar lo mismo en los mismos lugares, de ahí que siempre nos encontremos a las mismas personas en los mismos lugares.

Como en toda urbe latinoamericana, la emigración rural a la ciudad es un problema serio; porque los pobres no pueden vivir en la urbe, sino que medran en sus alrededores, hacinados en urbanizaciones sin límites, que se extienden y cuelgan de la ciudad principal como andrajos.

Mientras eso ocurre, la diferenciación social se manifiesta en todo su esplendor. Una casa de carácter social mide apenas 45 metros cuadrados, mientras que la residencia de un profesional de alto nivel puede superar los 200 metros de construcción, sin contar con el terreno que la rodea.

La ciudad ha crecido dándole la espalda a su origen natural; los ríos y acequias de antaño hoy son depósitos de residuos y albañales; cada año, con el invierno ellos cobran su venganza desbordándose e inundando las casas de los pobres, que se ven obligados a construir en sus cercanías ante lo exageradamente elevado de precio de los terrenos bien ubicados, o al menos alejados de tales contingencias.

Debería existir un plan de apoyo a la construcción que permita las obras de mediana altura, facilitando el aprovechamiento máximo del terreno y creando zonas de recreo que respeten la naturaleza, sobre todo tan abundante en nuestra capital.

San José debe escoger entre crecer y destruirse a sí misma, o crecer en armonía con su entorno, porque la naturaleza no puede aguantar eternamente su expoliación por las crecientes necesidades de las empresas privadas, las demandas de servicios de los ciudadanos que viven y trabajan en la ciudad, todo en una mezcla egoísta y comercial.

Un desarrollo tan desaforado solo traerá problemas urbanos y ambientales, y por eso se antepone una actitud de cautela y moderación. Mucha gente decente y pensante así lo siente. Es muy difícil evitar la tragedia, porque hay una extraña comunidad de intereses entre las grandes empresas, los hombres de ciencia y los políticos. Hay que estar alertas ante el error y la megalomanía.

Pero ¿Qué ha pasado con el proceso regionalizador que planteara la Oficina de Planificación en 1973? Mucho me temo que, salvo algunas instituciones estatales, que lo han tomado como patrón organizativo, poco se ha avanzado al respecto. Las municipalidades, tímidamente reforzadas en los últimos años, siguen actuando bastante fragmentadas desde una perspectiva regional, y resultan débiles ante el poder central. La partido-cracia hace mella y deslegitima un foro que pretende ser de representantes regionales, como es la Asamblea Legislativa.

Sin una radical descentralización, que estimule verdaderos polos de desarrollo más allá del Valle Central, siempre vamos a estar corriendo detrás del problema, poniendo parches aquí y allá.

Uno de los serios problemas enunciados es el de la presión urbana sobre las zonas agrícolas del Valle Central. La respuesta institucional ha sido la Zona Especial de Protección Agrícola y una ordenanza básica que restringe la urbanización a los cuadrantes del distrito y a lo largo de los caminos públicos existentes; en el resto solo permite parcelas mayores a una manzana, una vivienda por finca y cobertura no mayor al 10 por ciento. Sin embargo, dado el alto costo del suelo en todo el Valle Central, lo que tal ordenanza de escritorio produce es que los pobres vivan en colmenas o apretujados en casitas frente a la calle, mientras la gente de planta vive en quintas. No hay variedad de alternativas, doscientos metros cuadrados o una hectárea incomparable. Con esta restrictiva fragmentación se refuerza el carácter clasista de la calidad de vida.

Debería permitirse parcelas más pequeñas que, en consecuencia, con la prudente cobertura del 10 por ciento, andarían por los dos mil metros cuadrados, mucho más asequibles para proyecto

condominales, con servicios autónomos, donde la gente tenga su casa y su taller, su huerta y frutales, y alguna que otra cabrita. Y como paralela y necesaria contraparte, densificar los centros urbanos, estableciendo incentivos inmobiliarios para construir edificios de apartamentos de mediana altura aprovechando la propiedad deteriorada sin valor patrimonial y los vacíos centros de manzana, complementados con galerías y pasajes comerciales en la planta baja. Pero todavía no he visto legislación que la promueva.

San José ya no es la ciudad en que crecí: desde el piso nueve en que tengo mi oficina miro el viejo Barrio Amón, sus techos de lata oxidada, las vieja construcciones que una vez abrigaron a ciudadanos amantes de su pueblo.

Ahora, San José está tomada por los vendedores callejeros, los maleantes, las tiendas de usados y una megalomanía por crecer y crecer sin orden ni concierto, sin ningún respeto por los que crecimos aquí y que deseamos una ciudad que nos recuerde la que vivimos.

Cada vez que salgo del país, regreso con el deseo de reunirme con mi pasado, el cual aún identifico en algunos lugares; pero cada día ese recuerdo se

borra más, con cada casa que botan para hacer un parqueo o cada parque que destruyen los vándalos josefinos. Hay una paranoia por el cemento, pareciera que el josefino no puede ver un poco de verde, y aprovecha cualquier oportunidad para derribar un árbol, destruir un jardín y empotrar en ese espacio una pared, poner un techo de zinc o de láminas transparentes, evitando que el sol entre a su casa, sin necesidad de intermediarios.

Al volver a mi casa, extraño los partidos de fútbol en lo que hoy es la avenida 10, una de las calles más transitadas del país. Extraño la seguridad que había en las calles, aun para un niño que, como yo, vendía golosinas en la entrada del cine para tener unos centavos y entrar a la función de la tarde.

Nuestras familias viven encerradas en sus casas, protegidas por fuertes rejas en sus ventanas y puertas, por temor a la ciudad y a quienes transitan libremente ahí fuera.

San José, pese a todo, mantiene su encanto de siempre. Tal vez ya no sea la misma de ayer por fuera, pero en mi corazón será la de siempre, a la que añoro regresar cuando estoy de viaje, y en la que me siento a mis anchas cuando regreso.